

so, y fuí trasladado al navío "Aria," que se hallaba de pontón.

El Sr. Santa Anna pasó al día siguiente á Jalapa, á donde le escribí nuevamente, y S. E. tuvo la dignación de contestarme que haría en obsequio de la justicia que me asistía, cuanto estuviere de su parte ante el Supremo Gobierno.

A los pocos días se me permitió por el Sr. Prefecto de Veracruz, D. Ramón Garay, bajar á tierra á restablecer mi salud, bien quebrantada, en verdad, por tantos padecimientos físicos y morales. Ya en Veracruz, por medio de mi antiguo y buen amigo el Dr. en Medicina y Cirujía D. José Rafael Carrillo, se escribió al Sr. Diputado D. Ciprián Blanco, quien me mandó á pocos días mi excepción de la ley de expulsión, dada por las Cámaras de la Unión. Me quedé en Veracruz y mandé por mi familia á Nueva Orleans.

Permanecí en aquella ciudad subsistiendo de mi trabajo personal, en el ejercicio de corredor del número de aquella plaza, cuyo título obtuve, primero, del Ayuntamiento y, después, del Tribunal Mercantil, previas las correspondientes fianzas, y después en una casa de comercio que abrí á mi nombre. Mi trabajo en Veracruz era inmenso; pero sus productos lo compensaban. Desde el año de 1830 hasta el de 1838, el que menos gané seis mil pesos.

## CAPITULO V.

1838-1839

PRIMERA GUERRA CON FRANCIA. — SANTA ANNA NOMBRA A GIMENEZ AYUDANTE SUYO. — LOS FRANCESES ASALTAN A VERACRUZ. — GIMENEZ RECIBE OCHO HERIDAS Y SANTA ANNA PIERDE UNA PIERNA. <sup>1</sup>

En tal estado de ventura y de prosperidad me hallaba, cuando, el 26 de noviembre de 1838, la escuadra francesa se disponía atacar el Castillo de San Juan de Ulúa. Consecuente con mis principios de defender personalmente la Independencia de México, siempre que ésta fuese atacada, abandonando mi casa y mis intereses, me presenté al Sr. Comandante General, que lo era el Exmo. Sr. General de División D. Manuel Rincón, á ofrecerle mis servicios. Este Sr. los aceptó, dándome las gracias á nombre del Supremo Gobierno, y me nombró su Ayudante de Campo.

En la tarde del 27, en que la escuadra francesa batió al Castillo y bombardeaban la ciudad las bombarderas "Gloria" y "Criolla," debí ser muerto por una bomba que cayó y reventó en la puerta del convento de San Francisco, pasando yo á lle-

<sup>1</sup> Sobre los asuntos de este cap. véase el VIII del tomo II de esta colección.

var una orden al baluarte de Concepción. A las siete de la noche, me mandó el Sr. Rincón que condujese al Castillo dos lanchas cargadas de parque de artillería. Esto no tuvo efecto por la llegada del General Santa Anna á la plaza y por capitulación de ésta y de la fortaleza, á las ocho de la noche.

Capitulado(s) el Castillo y la plaza, aquél en poder de los franceses y ésta inundada de los vencedores de aquél, era necesario un estoicismo consumado para sufrirles en sus imprudentes arrogancias y denuestos contra los mexicanos.

Yo había tenido la precaución, convencido de que no había arreglo con la Francia, de situar (á) mi familia é intereses en Jalapa. Así es que en la noche del 3 de diciembre, me presenté el Sr. Rincón, para que me mandase expedir el pasaporte para internarme á aquella ciudad, puesto que mis servicios habían terminado. El Sr. Rincón se hallaba enfermo y llamó á su Secretario, que lo era el Capitán del Regimiento de Caballería de San Luis, D. Miguel Mosso, y le dijo que si había algún pasaporte en blanco, firmado por S. E., que me lo extendiese para Jalapa. Mosso contestó que no había ninguno. Entonces el Sr. Rincón me dijo que, si me era indiferente, volviera á las nueve de la mañana del día siguiente, pues él no podía firmar al momento por tener puesto un sinapismo en el brazo derecho. Le contesté que no tenía inconveniente; que por la mañana volvería, á pesar de que me había propuesto salir por la posta aquella

misma noche, aprovechando la hermosa luna que hacía, á lo que me contestó: "lo mismo es mañana," y me retiré.

A las nueve de la mañana del día 4 de diciembre, volví al Palacio, me entregó el Sr. Rincón el pasaporte, me despedí afectuosamente de él y marché á la Administración de Correos á tomar la posta para Jalapa. Como los caminos estaban llenos de desertores de la plaza, iba armado y llevaba sobre los hombros mis divisas de Capitán. Pasando por la playa, frente á la rancharía de Vergara, noté que de este punto se desprendían dos dragones con dirección á mi encuentro. Contuve mi caballo, los esperé, llegaron y me dijeron que el Sr. General Santa Anna, que estaba en Vergara, me llamaba. Volvimos el postillón y yo nuestros caballos hacia aquel punto, y llegado á él, encontré al Sr. Santa Anna, que apeado de su carruaje estaba tomando una taza de café.

Me preguntó adónde iba, y le contesté que á Jalapa á unirme con mi familia, pues que habiendo terminado las hostilidades en Veracruz mis servicios ya no eran necesarios. Entonces me contestó que las hostilidades iban á romperse de nuevo, porque el Gobierno había desaprobado las capitulaciones hechas por el General Rincón y lo había nombrado á él Comandante General del Estado, para que las abriese de nuevo; que por ese motivo iba á Veracruz, y que era preciso que yo desistiese del viaje á Jalapa y me fuera con él en clase de Ayudante, pues necesitaba (á) oficiales ac-

tivos en aquellas circunstancias. Insistí en que me dejara ir á ver á mi familia; que yo volvería á Veracruz dentro de seis ú ocho días. Me contestó que nó; que me necesitaba desde aquel momento. Yo, aun cuando España había reconocido la Independencia de México y tenía un positivo derecho para desde entonces haber reclamado al Gobierno mis empleos, mis sueldos y los ascensos que por rigurosa escala me hubieran correspondido, según se nos ofreció por el decreto del Congreso que en 1827 nos había destituido, no había querido hacerlo, ni lo hubiera hecho jamás, porque mi posición social en Veracruz era incomparablemente más ventajosa y lucrativa que la que el Gobierno pudiera proporcionarme.

Sin embargo, creyendo al mismo tiempo que aquella nueva ingresión (sic) á la carrera de las armas sería muy pasajera, y atendiendo, por otra parte, á las fuertes simpatías que me había inspirado el Sr. Santa Anna y á que iba á defender la Independencia, le contesté que estaba pronto á seguirlo. Montamos en el quitrín el Sr. General, el Alférez del Escuadrón Activo de Veracruz D. Manuel María Gil, á quien tenía en su hacienda de Manga de Clavo para que le escribiese á la mano, hacía poco tiempo, y yo, llevando mi caballo el postillón, y nos dirigimos á Veracruz. A poco andar, me dijo el Sr. Santa Anna que montase á caballo y marchase á carrera á Veracruz y que, de su orden, mandase cerrar todas las puertas de la ciudad, así de mar como de tierra; que no se de-

jase salir á nadie, sin distinción de personas; que diese parte al Sr. Rincón de su llegada, con el nombramiento de Comandante General, y que lo esperase en la casa de Serrano, donde iba á hospedarse, advirtiéndole al oficial comandante de la guardia de la puerta de México, su llegada, para que pudiera entrar con su escolta. Monté á caballo, marché con el postillón y fueron exactamente cumplidas sus órdenes.

Llegado S. E. á su alojamiento, puso una comunicación al Sr. (Carlos) Baudin, Almirante de la escuadra francesa, en la que le comunicaba la desaprobación de la capitulación hecha por el Sr. Rincón, su nombramiento para suceder á este Sr. General y advirtiéndole que, en consecuencia, las hostilidades entre la Francia y México quedaban abiertas. Me mandó citar á los jefes de los cuerpos y de la plaza para una junta de guerra, la que tuvo verificativo á las dos de la tarde.

A las cuatro, se presentó el Sr. Mayor de Plaza, Coronel D. Miguel González de Castillo, dando parte de que se había desprendido de la escuadra francesa un bote con bandera blanca, que indicaba ser parlamento, y que se dirigía hacia el muelle. Entonces me mandó el Sr. Santa Anna que fuera á recibirlo y lo condujese á su presencia, si así lo exigía el conductor.

Marché al muelle y recibí á los conductores de un pliego del Sr. Almirante para el Sr. Santa Anna, el que era conducido por el Sr. Vice-Almirante, Mr. Le Roy, y un jefe de Ingenieros, con

orden de ponerlo en manos del mismo Sr. Santa Anna. Entonces tomé á cada uno de un brazo y los conduje hasta el alojamiento de S. E., á quien lo entregaron. El contenido estaba en francés y S. E. no habla este idioma; tomé la comunicación, se la traduje en presencia de los parlamentarios, y me mandó contestarles verbalmente que á las seis de la mañana del día siguiente sería puesta en las manos del Sr. Almirante la contestación del Sr. Santa Anna á aquella nota. Nos retiramos y los conduje hasta su bote, muy satisfechos del modo afable y caballeroso con que habían sido recibidos y tratados.

El Sr. Santa Anna pasó revista en la tarde á la corta guarnición, y había dispuesto que la noche la pasáramos en el edificio de los cuarteles; pero á las diez de ella llegó el Sr. General D. Mariano Arista, procedente de su campamento de Santa Fe, y se alargó tanto la conferencia de este señor con el Sr. Santa Anna, que terminó á las tres de la madrugada. A esta hora nos retiramos á nuestros cuartos, y no á los cuarteles, como estaba dispuesto, pues no se habían enviado nuestras camas. Yo estaba en la pieza inmediata á la que había elegido para retirarse el Sr. Santa Anna, sin acostarme.

Eran las cuatro de la mañana, cuando una fuerte detonación llamó mi atención y despertó á S. E.; éste me dijo: "Giménez, ¿qué es eso?" Yo le contesté: "no sé, Sr; no es el cañonazo de diana, porque la detonación ha sido más fuerte que un

cañonazo y más cerca que en bahía." En este momento se presentó un cabo de la guardia del baluarte de Concepción, muy agitado, porque había venido á todo correr, y dirigiéndose al Sr. Santa Anna, le dijo: "Sr., los franceses, prevalidos de la obscuridad, han desembarcado en la plaza y han volado la puerta del muelle para entrar; son muchos, porque yo he visto bastantes botes llenos de tropa." A este mismo tiempo empezamos á oír en las inmediaciones de la casa un nutrido fuego de fusilería y las voces de "¡Viva el Rey!" "¡Viva la Francia!" El Sr. Santa Anna se vestía, y yo acudí á mi baúl, donde tenía algún dinero, para sacarlo. En aquella confusión, pues dentro de la casa habíamos más de cuarenta personas, entre Generales, jefes, oficiales y tropa, yo no volví á ver más al Sr. Santa Anna. El fuego y los gritos se aumentaban por momentos; la guardia de la puerta se batía con denuedo; el corredor de la casa, lleno de franceses haciendo fuego en todas direcciones y repitiendo los gritos de "¡Viva el Rey!" "¡Viva la Francia!" Tomé mi espada y me puse en defensa. Fuí atacado por una multitud de marineros, con pistolas y machetes de abordaje; me dispararon un tiro á quema ropa, que por fortuna no salió; pero caí con ocho heridas, la mayor parte de ellas graves, y la pérdida de la sangre me privó del conocimiento.

Volví en mi acuerdo después de no sé qué tiempo, acostado en un catre en el patio de la casa de los Sres. De Wilde y Compañía, que vivían en la es-

quina de enfrente de la de Serrano, y en cuyo patio habían establecido los franceses uno de sus hospitales de sangre. Ya me habían hecho la primera cura. Las heridas fueron inferidas, una, de dos pulgadas y media, en la parte lateral izquierda de la cabeza; otra, de delante á atrás y de arriba á bajo, también de la cabeza, en el lado derecho, interesando los tegumentos comunes, de tres pulgadas, rompiendo la lámina dura y diplórica (sic) de los huesos.... y.... izquierdo y coronal, de los que hubo que levantar varios fragmentos; otra, de tres pulgadas, como paralela á los bordes superiores é inferior del hueso parietal derecho, interesando los tegumentos, músculo epiraneo (sic), corona apombrótica (sic) y, por cosa de media pulgada, la lámina dura del referido hueso, del que se extrajeron varios fragmentos; otra, en el hombro izquierdo, de cuatro pulgadas y líneas, empezando en el punto á que pertenece la gran tuberosidad del húmero y.... de arriba á abajo, paralela al hueso referido, la que ofrecía dividido, á más de los tegumentos, todo el grosor del músculo doltoides (sic) por su parte inferior; otra de dos pulgadas cuatro líneas, transversal al dorso de la mano izquierda, cuyo corte, verificado por pujanza oblicua de atrás á adelante y de abajo á arriba, dejaba descubiertos los tendones pertenecientes á los dedos anular y medio, del músculo exterior común de los mismos;

<sup>1</sup> Espacios blancos en el original.

<sup>2</sup> Espacio blanco en el original.

otra, de una pulgada, en la parte media externa del antebrazo derecho y transversal á éste, interesando los tegumentos y algunas fibras del músculo largo supinador (sic); otra, de tres pulgadas, en la parte externa de la muñeca derecha, oblicua de delante á atrás y de arriba á abajo, interesando los tegumentos, los tendones de los músculos exteriores de la mano y dedos, los ramos venosos producidos en la parte por la vena radical externa, los nerviosos por el nervio producido por el cubital (sic) y la arteria arcodorsal (sic) de la mano, por cuyo motivo tuvieron que hacerse dos ligaduras; otra, de una y media pulgada, en el dorso de la mano del mismo lado, también oblicua y de delante á atrás y de arriba á abajo, interesando los tegumentos solo; otra, de cuatro y media pulgadas en la parte superior y externa del muslo izquierdo, interesando los tegumentos solos.

Si bien ninguna de las ocho especificadas heridas era mortal de necesidad, no obstante, el conjunto y coincidencia de ellas puso mi vida en inmenso peligro. Las convulsiones que por más de veinte días me acometieron, fueron terribles y debieron, por consiguiente, oponer estorbos de gran tamaño á la naturaleza, para alcanzar la curación.

En el año de 1847, porque defendía al Exmo. Sr. General Santa Anna contra sus injustos detractores, sobre sus operaciones en la campaña del Norte contra los americanos, hubo un periódico demócrata que se permitió decir que los fran-

ceses me habían herido debajo de una cama. Entonces y siempre contestaré á semejante calumnia que los franceses son bastante humanos, generosos y nobles para agredir al que no los ofende y mucho menos en el campo de batalla. Léase el libro publicado en París de orden del Rey Luis Felipe de Orleans, en 1839, titulado "México y San Juan Ulúa," y allí verán cómo fueron inferidas mis heridas.<sup>1</sup> Y es triste, en verdad, recibir elogios de los enemigos y vituperios de aquellos por quien ha derramado uno generosamente su sangre.

Ya en mi entero acuerdo, aunque lleno de los más vivos dolores, pregunté á uno de los cirujanos que me asistían, quién me había llevado allí y cómo me habían conducido. Este me contestó que me habían trasladado entre cuatro artilleros; que los acompañaba el Sr. Vice-Almirante Le Roy y varios oficiales; que les había mandado que me curasen y asistiesen como á su misma persona, porque era el Ayudante del General Santa Anna, que lo había acompañado la tarde anterior, cuando vino de parlamento.

Repuesto y en disposición de andar, fui llevado al muelle por un oficial. Allí, á la entrada estaba S. A. R. el Príncipe Joinville, el Almirante

<sup>1</sup> El libro citado dice, en su pág. 371, lo siguiente:

"Un Ayudante de Campo del General Santa Anna había recibido seis heridas. El Dr. Hello, que esta vez había obtenido el honor de acompañar al equipaje de la "Créole," se apresuró á prodigarle sus cuidados; el herido traía consigo una suma bastante considerable, en oro; en el exceso de su reconocimiento por los cuidados de que era objeto, quiso regalarla al Dr. Hello, que no contestó sino con una cortés negativa."

Baudin, el Vice-Almirante Le Roy y todo el Estado Mayor de la escuadra. Iban á conducirme al Castillo de Ulúa con más de cien prisioneros; pero Mr. Le Roy se interesó con el Príncipe y el Almirante para que se me pusiera en libertad y me retirase á mi casa, en atención al mal estado en que me encontraba.<sup>1</sup> Entonces el Sr. Baudin me preguntó dónde vivía. Recorrí con la vista la casa más cerca donde pudiese refugiarme por lo pronto, y señalando la del Sr. D. Ramón Muñoz y Muñoz, que se veía desde aquel punto, mandó que un oficial me acompañase á ella. Se hallaba en el balcón mi buen amigo D. Angel Gerardo Lascuráin,<sup>2</sup> á quien le hablé desde la calle y bajó á abrirme. Di las gracias al oficial francés por su compañía y entré. Lascuráin y S. Smit(h) apenas me conocían. Me subieron á la sala, me dieron un vaso de vino de Madera y un tabaco encendido, pues yo tenía los brazos ligados al pecho. Me preguntaron y les contesté la causa de hallarme en aquel estado. Permanecimos en conversación sin novedad alguna.

<sup>1</sup> La mencionada obra dice á este respecto lo que sigue, en su pág. 378:

"El Teniente Coronel, Ayudante de Campo del General Santa Anna, que había sido herido en el ataque de la casa, fué conducido ante el Almirante, lo mismo que muchos soldados prisioneros; el Comandante Desfossés intervino en favor del primero, porque, la vispera, en una conferencia, este oficial había garantizado con su cabeza que no se daría ningun maltratamiento á los franceses habitantes de Veracruz; el Almirante, en atención á esta circunstancia, ordenó inmediatamente su libertad."

<sup>2</sup> El Sr. D. Angel Gerardo Lascuráin, amigo mio desde su turbulenta juventud, ha adquirido con su trabajo personal un lucido capital y es hoy un honrado padre de familia y un comerciante de los de más crédito y que más honran al comercio de Veracruz. Hoy reside en México.—Nota del original.

A las diez, disparó un cañonazo la capitana de la escuadra, que era la señal para que se reembarcaran los mil y seiscientos franceses que habían ocupado la plaza, pues el objeto de aquella operación militar no había sido el quedarse en Veracruz, sino dismantelarla enteramente y destruir todo el armamento y material de guerra que existía. Los pelotones de franceses se venían retirando al muelle y uno de ellos traía una pieza de artillería que colocaron en la punta mirando á la puerta. Los franceses se embarcaban para un buque y el Castillo, conforme iban llegando. Esta operación, que veíamos desde el balcón de la casa del Sr. Muñoz y Muñoz, nos tenía entretenidos.

A las once, vimos venir por el rumbo de la Carnicería una fuerza como de doscientos hombres, con las armas bajas, conducida por el General Santa Anna; un poco antes de llegar á la puerta del muelle, formaron por cuartas de compañía, echaron armas al hombro y tocaron las cajas, que antes venían á la sordina, marcha redoblada. De este modo, y yendo el Sr. Santa Anna con la espada desnuda á la cabeza de la pequeña columna, no bien había mandado aquél variar dirección por la derecha y dado la primera cuarta vista al muelle, cuando los franceses dieron fuego á la pieza que habían cargado á metralla. Aquel tiro, disparado á cien pasos de distancia, fué bien funesto, pues sus proyectiles hirieron gravemente al Sr. Santa Anna en una pierna y dieron la muerte al

Capitán Campomanes, Ayudante de la Plaza; al de igual clase, Solís, que mandaba la cuarta, á siete soldados, é hirieron (á) otros muchos. La columna se desordenó enteramente. Los franceses no dieron paso adelante hostil y se embarcaron, haciéndolo los últimos el Príncipe, el Almirante y su Estado Mayor.

El Sr. Santa Anna fué puesto en un catre que sacaron de una casa, y conducido por algunos soldados y paisanos al edificio de los cuarteles.

Yo quise al instante salir á la calle y seguir el catre en que conducían al General; pero no me lo permitieron, y, para que no lo hiciese, en un descuido, mandaron cerrar con llave la puerta de la calle. A poco, por fin, convencí á mi buen amigo Lascuráin que me era preciso, ya que mis heridas me permitían andar y estaba bastante repuesto, seguir al General Santa Anna. Convino en ello con la condición de acompañarme. En los acontecimientos de la mañana había perdido mi dinero, y también mi amigo me proveyó de él.

Salimos y nos encaminamos al edificio de los cuarteles; éste estaba cerrado y atrincheradas sus puertas por dentro; sólo se podía entrar por una ventana, subiendo por una escalera de mano, de que yo no podía hacer uso por tener inutilizadas las mías. Mandé llamar al Coronel D. Ramón Hernández, quien vino á la ventana. Le pregunté por el Sr. Santa Anna y por su herida, y me contestó que ésta era en la pierna izquierda, que la tenía fracturada; que se había hecho conducir al

punto de Los Pocitos, dejándole la orden de que evacuaran la plaza todas las fuerzas y se replegasen á aquel punto, cuya orden estaba dando disposiciones para cumplirla. Le supliqué mandase abrir la puerta de Merced para salir por ella á Los Pocitos, pues veía que no podía subir por la escalera de mano. Se retiró, abrieron la puerta y salimos Lascuráin y yo, á pie, para aquel paraje, que dista más de una legua de Veracruz.

En estos momentos, la escuadra francesa, que vió salir nuestras tropas por la puerta del campo de los cuarteles, rompió un nutrido fuego de cañón sobre la plaza y sobre el camino que llevábamos, que estaba á su vista. El calor, la debilidad y el piso movedizo de arena me fatigaron demasiado y tuve que sentarme en el suelo. Lascuráin no me abandonaba. Pasaba la artillería y me montaron sobre una pieza; pero como no tenía manos con qué sujetarme, pronto caí del lado izquierdo, entre la gualdera y la rueda, y á no haber parado al momento la pieza, que iba tirada á mano, me hubiera deshecho la pierna y el muslo izquierdo. Me apearon y seguí á pie otro trecho de camino. Ya no podía más, pues me agobiaban la debilidad y el cansancio. En esto, se se presentó un aspirante de marina que venía á caballo para Veracruz. Lascuráin le suplicó que me diese el caballo para llegar á Los Pocitos, pues veía en la disposición en que me hallaba. El aspirante accedió gustoso y entre los dos me montaron en el caballo, estirándolo Lascuráin de las riendas.

De este modo llegamos á Los Pocitos después de las dos de la tarde. Allí encontré al Sr. Santa Anna, acostado en el mismo catre en que lo habían conducido y con la pierna izquierda hecha pedazos desde un poco más abajo de la rodilla. Al presentarme á él, no me conoció; pero al decirle quién era, no pudo menos que echarse á reír, en medio de sus acerbos dolores, y decirme: "Hombre, si lo han puesto á U. que parece un Ecce Homo." Mandó que me pusieran un catre en un rincón de la pieza en que él estaba. Me acosté en él y descansé un rato.

A poco empezó á llegar la Brigada del General Arista, que venía de Santa Fe.

Entonces le dictó al Coronel D. José García Conde aquel parte que lo immortalizará, porque en él están vaciados los sentimientos de su alma, siempre llena del más verdadero y acendrado patriotismo. El conmovió á toda la Nación.

A las once de la mañana del día 6, le amputaron la pierna.

Viendo que allí no podía yo tener la asistencia necesaria, supliqué á la Sra. esposa del General que me prestara el quitrín, para que me condujera á Santa Fe, á ver si allí encontraba una litera que me llevase á Jalapa. Me lo mandó poner, y á las cuatro de la tarde salí en él para aquel punto, acompañado de mi amigo D. Francisco de P. Herrera.

Llegamos á Santa Fe. Había dos literas, tomé una, me despedí de Herrera, que regresó á Poci-



tos, y yo continué mi camino para Jalapa, adonde sin novedad alguna llegué el día 7 á las ocho de la noche.

Lo noticia de mis heridas y aún la suposición de mi muerte, habían llegado á Jalapa por la mañana. Mi casa estaba llena de luto y mis mejores amigos en ella. Apenas fuí colocado en el lecho del dolor, cuando fué llamado el hábil é inteligente médico y cirujano D. Jaime Cuspinera, quien, ayudado de otro facultativo, levantó los apósitos y reconoció las heridas. La de la mano derecha había tomado un carácter alarmante, pues se presentaba el cáncer en ella. El cirujano anunció á mi familia la amputación del brazo por encima de la articulación del codo; pero siendo de noche y teniendo que traer los instrumentos necesarios, fué transferida para el día siguiente. En éste habían desaparecido los síntomas del cáncer y la operación no era ya de absoluta necesidad.

El buen acierto y continua asistencia del Sr. Cuspinera, el excesivo cuidado de mi familia y el buen estado y robustez de mi naturaleza hicieron que á los cuarenta y cuatro días estuviese en estado de perfecta salud, aunque manco de la mano derecha para toda mi vida.

El 24 de enero, salí de Jalapa para ir á visitar al Sr. Santa Anna en su hacienda de Manga de Clavo, donde se hallaba curándose.

El Congreso General creó una cruz para los militares que habíamos concurrido, el 5 de diciembre, en la plaza de Veracruz contra los franceses,

portándola al cuello los que fuimos heridos y mandando que en los asuntos del servicio se nos añadiese al nombre: "Mereció bien de la Patria por su valor en Veracruz, el 5 de diciembre de 1838;" cuya cruz se me concedió como herido.